

Palacio de la Música

La Orquesta Nacional de Madrid

Esta vez el Patronato «Pro Música de Barcelona», allanando las dificultades consiguientes a un desplazamiento colectivo, ha ofrecido la oportunidad a los barceloneses de poder aguilatar el alto valor artístico de una orquesta que bien puede ser conceptuada por nosotros como una de las primeras mundiales en orden a mérito. Y digo que bien puede ser conceptuada por nosotros, refiriéndome al hecho de que siendo como es reconocida así por muy diversos públicos extranjeros, no podrá tildarse de partidista nuestra opinión al justipreciarla de tal modo.

Nos enorgullece que España cuente con una orquesta de auténtica categoría, pero este mismo goce íntimo que experimentamos con tales triunfos no sería suficiente para hacernos ver primeros imaginados si éstos no fuesen tan indiscutibles y evidentes como son en realidad.

Las dos audiciones que la Orquesta Nacional de Madrid ha realizado en Barcelona, bajo la dirección del célebre Sergiu Celibidache, dejaron perplejo al auditorio. En el curso de los dos programas, compuestos por obras de Dvorak, Ravel, Brahms, Milhaud, Wagner, Hindemith y Beethoven, se realizaron tales primores de interpretación y alardes (necesarios para tal requisito) de capacidad técnica por parte de cada instrumentista del conjunto, que, de no haberlo presenciado en audición directa, hubiese podido llegar a parecernos conseguida con algún procedimiento de mecánica industrial aplicada a reformar la acústica normal de una orquesta corriente. Así nos parecieron de increíbles ciertos efectos sonoros; la calidad de ciertos timbres; los inverosímiles «planísimos» y la traslación correlativa de ciertas fases que pasando de uno a otro campo de la orquesta se sucede con la más

absoluta normalidad; es decir, sin notarse el punto de unión que en realidad separa el paso de un cambio de timbre que por ley natural debiera acusar la transición o cambio de color sonoro al cundir un movimiento melódico en la diversa familia de la orquesta. Esta precisión y habilidad de entrega y toma de la fase musical es característica de los extraordinarios conjuntos; y éste, unido a todos los primores apetecibles, cuenta en su haber la orquesta de referencia.

Júzguese lo que un director es capaz de crear con tan disciplinado conjunto. No existe alarde inasequible; y como Sergiu Celibidache es músico temperamental, superdotado por añadidura con pertinaz labor de bien orientado estudio, los conciertos dados ahora en Barcelona por la Orquesta Nacional de Madrid, nos dejarán imborrable recuerdo de indecible goce artístico.

Melchor BORRAS DE PALAU

"El Correo Catalán"
20 mars
1959

Para los que gustan del «espectáculo» musical, Celibidache es un director ideal. Sin el menor tono despectivo, yo diría que es un director cinematográfico. Atlético, con estatura, elegancia quizá afectada, gran melena — de la que a los primeros compases le caen a la cara anchos mechones — con gestos y actitudes exagerados, con empaque y poder de sugestión a lo gran divo, con aparatosisidad en todo, pero en el fondo, con una lógica que justifica la «carpintería» de la pose. Celibidache canta, silba, jalea a la orquesta, marca el ritmo con los pies en obsesante percusión, se balancea, se entrega al placer de la gesticulación, salta, incluso, pero todo con pasión, con entrega, con sinceridad, porque nada es fingido ni falso. Celibidache es todo ritmo, un caso de ultra sensibilidad, de exceso de temperamento que busca la expansión en la aparentemente exagerada danza que baila sobre la elevada tarima. A Celibidache, como a todos los grandes directores, hay que verlo en el ensayo. Sólo después de admirar su forma de trabajar las obras, de cuidar detalles, de mimar matices, de desmenuzar las partituras con una memoria prodigiosa, luego de ver cómo se enciende y entusiasmo es posible llegar a la conclusión de que su teatralidad es efectismo en un mínimo tanto por ciento. En realidad, todo es consecuencia de una enorme vibración espiritual. Que la circunstancia se aproveche para ro-

MUSICA

Patronato Pro Música de Barcelona

Sergio Celibidache con la Orquesta Nacional en dos inolvidables conciertos

La comprobación de que en Sergiu Celibidache hay un director magnífico, un músico formidable y un artista sensible, con un temperamento y una musicalidad emocionantes ha sido para el crítico la mayor satisfacción derivada de los dos conciertos que la Orquesta Nacional, bajo la excepcional dirección del famoso maestro, ha dado en Barcelona para el Patronato Pro Música. En la propaganda, en las conversaciones de «avant match» se habló mucho de su pose, de su exagerada gesticulación, de sus caprichos, de sus genialidades y hasta de sus extravagancias, pero se comentó menos lo que en realidad hay de bueno en la impresionante personalidad de Sergiu Celibidache: su condición de artista, de intérprete apasionado que convence por la firmeza y seriedad de su criterio, por la contundencia de su voluntad, a la que nos rendimos aun con el posible desacuerdo en algún «tempo».

dear de cierta fantasía a su estilo, me parece muy bien en una batuta excepcional que, por otra parte — la única que puede interesar al músico o al aficionado — justifica fama, prestigio y excentricidades.

Pero no se olvide que toda esa espectacularidad sería bien poca cosa sin la facultad de mando, de autoridad, competencia y eficacia en línea de la mejor calidad interpretativa. Es entonces cuando prescindimos de lo externo, para «oír» sólo, cuando el maestro, virtuoso de la batuta, si, pero artista ante todo, nos subyuga y nos emociona con la técnica del gesto, con la lógica del trazo que sabe lo que busca y cómo obtenerlo porque el concepto está razonado y el ideal sentido. Celibidache da la sensación de haber sometido a un depurado análisis los factores psicológicos de las obras, y así nos encanta y entusiasma la vitalidad con que expone ideas y matices, con una fuerza magnética que galvaniza a la orquesta y establece contacto con la sala, haciéndonos partícipes de lo que él siente para cada frase o para cada diseño. ¡Qué bella entonces la música! ¡Con qué vigor surge el pensamiento del autor! Tanto, que aun disintiendo de la versión, los resultados llegan a cautivarnos porque el genio está siempre presente y hace maravilloso lo que si otro quisiera intentarlo sería blasfemia inadmisibles. ¿Detalles de las interpretaciones? No se trata de detallar puntos de contacto o de repulgar Celibidache, aún no convención siempre discutibles por personales; si de afirmar que Sergiu Celibidache, aun no convenciéndonos, nos entusiasma y nos mantiene tensa la emoción. No obstante, ¡qué encanto, misterio, atmósfera y sortilegio en Ravel!

La Orquesta Nacional, magnífica de empaque, de ajuste, de calidad sonora, sensacional en los pianísimos y con una flexibilidad ejemplar, fué el instrumento digno de tan brillante batuta, en un labor admirable. El maestro Celibidache, personalísimo incluso en el saludo, orientó hacia la orquesta el homenaje del público, quedándose siempre él en segundo plano, pero recibiendo al final una prolongada y fuerte ovación.

JUAN ARNAU

"El Mundo Deportivo"
19 mars
1959

MUSICA

SERGIU CELIBIDACHE Y LA ORQUESTA NACIONAL DE MADRID

El Patronato Pro-Música de Barcelona va cumpliendo plenamente su programa, expuesto al constituirse, de presentar en Barcelona conciertos que por su presupuesto — naturalmente por su altura artística — no estaban al alcance de las asociaciones y organizaciones existentes, para ser ofrecidos con regularidad y frecuencia. Hasta ahora, lo que hemos escuchado responde totalmente a este programa.

La pasada semana hemos escuchado dos conciertos por la Orquesta Nacional de Madrid, dirigida en esta ocasión por el músico rumano Sergiu Celibidache.

De la formación orquestal poco necesitamos decir de su elogio; con mencionar que su categoría artística, alcanzada con méritos de homogeneidad sonora, empaste maravilloso, precisión, sensibilidad al matiz extraordinaria, es de rango internacional. Creemos está dicho todo. En estos dos conciertos se han confirmado plenamente estas cualidades. Y las ovaciones que ha escuchado, dedicadas a sus profesores, no sólo porque su director a ella ha traspasado los bravos y aplausos interminables del auditorio, sino porque el ánimo de los auditores así lo exigía, han confirmado la admiración despertada, que quedará en el recuerdo de los melómanos barceloneses como una de las mejores orquestas que nos han visitado.

De Sergiu Celibidache se había hablado mucho; la propaganda de los conciertos cuidó de presentarlo como genial, caprichoso, has-

ta curioso ejemplo de dirección personalísima y pintoresca, creemos que más para prevenir a los asistentes a los conciertos, que para atraerlos a los mismos. En efecto, Celibidache es absolutamente personal, sin relación con nadie ni con ninguna escuela determinada de dirección. Podemos decir que, mirándole dirigir, se «vive» la obra que interpreta. Por extraños que puedan parecer sus ademanes, sus gestos, sus actitudes, no hay ni uno superfluo si se quiere infundir a la orquesta la visión propia y personal del director. Carece de «pose» y todas sus actitudes son naturales en quien expresa para cada compás su propia manera de entenderlo. Subraya las melodías, señala los ataques, perfila los matices con una claridad luminosa y perfectamente comprensible para cualquiera.

Añadamos a estos rasgos, que domina las obras hasta el punto de prescindir del atril y — naturalmente — de las partituras de todas las obras; que ostenta una

modestia personal encomiable, no aceptando las ovaciones del auditorio si no es en el plano de la Orquesta y como uno más de los elementos que han contribuido a la exposición musical; hasta en ocasiones ha de pelearse amistosamente con el concertino para obligar a éste y a sus compañeros a levantarse para recibir vivas y aplausos; otras, desde casi la puerta de entrada al hemiciclo, hace levantar a la orquesta, retirándose sin participar de la estruendosa ovación.

Todo ello son quizá anécdotas de los conciertos celebrados; pero creemos que completan el cuadro de la interpretación personalísima que ha dado a los programas que estaban integrados por las «Danzas eslavas», de Dvorak; la suite «Ma mère l'Oie», de Ravel, y la «Primera Sinfonía», de Brahms, para el primer día; y «8 Saudades do Brazil», de Milhaud; «Metamorfosis sinfónicas de un tema de Weber», de Hindemith; el «Preludio y muerte de Isolda», de Wagner, y la «Séptima Sinfonía», de Beethoven. Todo ello conocido, admirado repetidas veces; pero que ahora nos ha sonado a cosa nueva en las mágicas manos directoriales de Celibidache y la admirable ejecución de la Orquesta Nacional de Madrid.

L. G. M.

"Hoja del Lunes"
16 marzo 1959

En el Palacio de la Música

OTRA TRIUNFAL ACTUACION DE SERGIUS CELIBIDACHE Y LA "ORQUESTA NACIONAL", DE MADRID

Un variado programa en la matinal de ayer de "Juventudes Musicales de Barcelona"

Un nuevo triunfo de clamor obtuvieron el maestro Sergiu Celibidache y la Orquesta Nacional de Madrid en su segundo y último concierto en el Palacio de la Música, ofrecido por el Patronato Pro-Música de Barcelona. El interesante programa, más ecléctico que el anterior, sirvió para que el gran director rumano confirmara sus portentosas dotes de memoria, de minucioso estudio de las obras y de poder electrizante sobre la orquesta mediante su arrebatadora técnica del gesto, plasmando en unas ejecuciones llenas de vitalidad, de acierto en el colorido y de un equilibrio instrumental ejemplar.

Así se pudo apreciar, primero, en «Saudades do Brazil», de Darius Milhaud, el creador del moderno politonalismo, que en esta característica obra somete las típicas danzas de su segunda patria espiritual a una estructura complejísima en sonoridades, contrastes armónicos y riqueza de timbres. Todas estas breves piezas, que reflejan variados ambientes de la bahía de Río de Janeiro, fueron vertidas con el

máximo jugo expresivo por el magnífico conjunto orquestal madrileño, dócil a los autoritarios y expresivos gestos del maestro Celibidache.

Espléndida, después, la versión de la obra de Hindemith «Metamorfosis sinfónicas sobre un tema de Weber», poniendo de relieve la riqueza arquitectónica del discutido compositor alemán, a través de su cromatismo diatonizado y de sus fluctuaciones armónicas, que arrojan con habilidad singular los bellos motivos weberianos.

La primera parte no pudo terminar de modo más profundamente emotivo: el «Preludio» y la «Muerte de Isolda», los dos fragmentos inmortales del «Tristán», en los que Wagner expresó el amor llevado a la exaltación suprema. Celibidache llevó los tiempos al modo inverso de otros directores. El «preludio», más ligero en ritmo, mientras el tema de la «Muerte» fué desarrollado con más lentitud de la acostumbrada. Con ello, merced a la maravillosa exposición orquestal, duró más la tensión emotiva del auditorio, culminando al pasar progresivamente el conjunto instrumental desde los matices más suaves hasta el impresionante «fortísimo», para volver después, en arpeggios des-

cendentes, a un «pianísimo», extinguiéndose en el logrado «morendo». El público, subyugado, estalló en una ovación incontenible.

Cerró el inolvidable concierto la «Séptima» de Beethoven, con su bellissimo «Allegretto» (más bien, andante), que vale por toda la obra y cuyo conmovedor lirismo fué matizado primorosamente por Celibidache, y la Nacional en todas sus variaciones. ¡Cómo cantaron las violas y los violoncellos, primero, y el clarinete y el fagot en el «trío»! El «Presto» fué llevado a una vertiginosidad casi inverosímil de obtener. Pero el maestro conductor estaba seguro de que la orquesta le respondía... En fin, la interpretación de toda esta sinfonía del genial sordo, calificada por Wagner de «apoteosis de la danza», motivó nuevas aclamaciones entusiásticas del público, repitiéndose sin cesar los «bravos», que obligaron al maestro Celibidache a salir numerosas veces a escena, pero mezclándose siempre entre los profesores, en su

reiterado afán de declinar en ellos todos los merecimientos.

"El Noticiero Universal"
16 marzo
1959

PALACIO DE LA MUSICA. - La Orquesta Nacional, dirigida por el maestro Celibidache

Una gran Orquesta, la Nacional, y un gran director, el maestro Sergiu Celibidache, además de eclécticos e interesantes programas, son los elementos reunidos por el Patronato pro Música de Barcelona para los dos conciertos con que da nuevas pruebas de su altura de miras y de sus nobles afanes de dotar a la ciudad de las más esplendorosas manifestaciones artísticas.

Integraban el programa del primero de estos dos conciertos, celebrado anoche, «Tres danzas eslavas», de Dvorak; «Ma mère l'Oie», de Ravel, y la «Primera sinfonía», de Brahms.

En Dvorak se consolidó la tradición musical checa. Fue un enamorado del lirismo sincero, de los ritmos nerviosos, enarmonamiento que queda reflejado en esas «tres danzas eslavas», interpretadas por la Orquesta Nacional.

Una de las obras más típicas y personales de Ravel es, sin género alguno de duda, «Ma mère l'Oie», esa encantadora agrupación de cuentos para niños, que entre nosotros narra la abuelita al amor de la lumbre en las noches invernales y en Francia «ma mère l'Oie», la «Oca». En su concepción sinfónica, Ravel «narra» también deliciosos cuentos infantiles de Perrault y de los escritores franceses D'Aulnoy y Leprince de Beaumont, a través de una música firmemente compenetrada con las ideas informadoras y exuberante de arroba-dores efectos instrumentales, rítmicos y de color.

Los alemanes encontraron o creyeron encontrar en Brahms el digno sucesor de Beethoven; pero que, si lo es, más refiérese a las formas, a los procedimientos, que a la verdadera enjundia musical beethoveniana. Brahms, aunque evidentemente ligado al pasado, tiene, sin embargo, una personalidad de características estéticas y técnicas bien modernas. Esta personalidad queda ya fuertemente acusada en su «Primera sinfonía», obra de elevada valoración de ideas, de perfecto equilibrio, de una severidad casi bachiana y en algunos puntos acusadora de la sensibilidad ultrarromántica de Schumann.

He aquí los tres autores y las tres obras que la Orquesta Nacional, puesta en manos de Sergiu Celibidache, interpretó en el primero de sus dos conciertos.

Casi veinte años de fecunda vida artística cuenta la Or-

questa Nacional, que se honra con haber tenido a su frente a los mejores directores nacionales y extranjeros, y que hoy, en plena madurez, es un organismo dúctil, equilibrado, rico de timbres y matices, apto, en suma, para enfrentarse, seguro de la victoria, con las más arriesgadas empresas sinfónicas. Así lo había demostrado en anterior visita y lo confirmó anoche, en que estuvo sencillamente admirable, sobre todo por sus maravillosos «pianísimos» y su firmísimo empaste.

El director, Sergiu Celibidache, músico rumano de un historial cuajado de galardones y éxitos, espíritu abierto lo mismo a lo clásico que a lo contemporáneo, se hizo también acreedor a los más encendidos elogios. Es un intérprete, en el más noble significado de la palabra. Aparentemente, se diría que está dominado por un exceso de pasión o por el deseo de imprimir rasgos propios a su personalidad; pero se equivoca quien tal piense. El maestro Celibidache es artista de un innato sentido directorial. Sus gestos, sus ademanes, sus actitudes, quizá llamen la atención; mas tanto la mano con que empuña la batuta como la izquierda arrastran a los instrumentistas a la más férrea disciplina y a la consecución de los perseguidos propósitos, que, en resumidas cuentas, son: respeto a los textos, minucioso cuidado de los detalles, justa y penetrante expresividad. Es director, además, dotado de una prodigiosa memoria, pues realiza su labor sin las partituras a la vista.

La Orquesta Nacional, repitámoslo, estuvo magnífica y respondió a su excepcional director con admirable plenitud técnica y expresiva.

El éxito de la orquesta y su guía fue verdaderamente entusiástico, concretándose en largos, inacabables ovaciones y llamadas del maestro Celibidache al hemicycle, quien siempre se colocó entre los profesores a sus órdenes, obligándolos a saludar. Las aclamaciones finales alcanzaron una intensidad y un ardor pocas veces registrados.

Quienes tuvieron la dicha de asistir a este concierto, abandonaron el Palacio de la Música dándose cita para esta noche, en que volverán a triunfar la Orquesta Nacional y su director insigne, con un nuevo programa. — U. F. ZANNI.

"La Vanguardia"
14 de marzo 1959

PALACIO DE LA MUSICA Brillante actuación del maestro Sergiu Celibidache y de la Orquesta Nacional

Acreedora al calificativo de excepcional la audición sinfónica ofrecida anoche en el Palacio de la Música por el maestro Sergiu Celibidache, al frente de la Orquesta Nacional de Madrid. Pocas oportunidades se le ofrecen al devoto filarmónico de poder atender manifestaciones sinfónicas de

tan superior categoría artística como la que ha dado motivo a estos comentarios marginales, que iniciaremos señalando las respectivas características estéticas de las obras constitutivas del programa escogido por el maestro Celibidache para hacer declaración de su «virtuosismo» directivo.

La audición sinfónica dió principio con «Tres danzas eslavas», de Dvorak. Primordialmente compositor «nacionalista», en la composición de la mayoría de sus obras, el célebre maestro checo utilizó ritmos y giros melódicos potestativos del rico folclore de su país. Así lo atestiguan brillantemente esas sus danzas en su arrollador proceso discursivo, derrochando optimismo por doquier. A continuación, fué interpretada la suite «Ma mère l'Oie», de Ravel, traducción lírica de cuentos de hadas, en cuyo planteamiento el compositor francés hizo gala de su privilegiada fantasía creadora de su sensualismo musical, de sus

procedimientos armónicos y colorismo orquestal. La exposición del programa sinfónico dió término con la «Primera Sinfonía» de Brahms. Por múltiples novedades de orden estético que se le van asignando al arte de la composición musical las magnas creaciones del famoso maestro hamburgués conservaron su vibrante lozanía. Modélicas, en sus aspectos formal y expresivo, sus sinfonías serán inmortales, como las obras de Bach, Beethoven y de tantos otros genios del arte por antonomasia.

Gran «divo» de la dirección musical es el maestro Sergiu Celibidache.

Conduciendo la exposición del citado programa habló «ex cathedra»; constituyó una soberbia lección de interpretación musical su actuación directiva. En sus oportunas gesticulaciones, en sus efusividades mimicas, así como en los sensitivos movimientos practicados por su humanidad dió claramente a comprender las expresivas intenciones

de los discursos sinfónicos; «vivió» las obras de las que se constituyó en primordial traductor; sintió como propios los líricos efluvios

que les confiaran sus creadores. Por su admirable acción conductiva brillaron esplendorosamente las Danzas de Dvorak; la fantástica descripción de «Ma mère l'Oie» lució su poliorrma orquestal; la Sinfonía de Brahms declaró su suntuosa elocuencia discursiva. Verdaderamente es gran «virtuoso» de la batuta el insigne maestro.

Acreedora asimismo a los debidos elogios la actuación de la Orquesta Nacional. Sobresalientes concertistas en su respectiva particularidad instrumental los componentes de la excelentísima agrupación sinfónica madrileña, su magnífica cooperación prestada al maestro Celibidache contribuyó mayormente al excepcional éxito obtenido. Entusiastas palmadas y bravos sonaron en honor del maestro Celibidache y de sus eficientes colaboradores en el transcurso de este extraordinario festival sinfónico, organizado por el Patronato Pro Música de Barcelona.

A. CATALA

"Diario de Barcelona"
14 marzo
1959

En el Palacio de la Música

UN DIRECTOR EXTRAORDINARIO, SERGIU CELIBIDACHE, PARA UNA ORQUESTA MAGNIFICA, LA "NACIONAL"

¡Ya era hora de que oyéramos a la Orquesta Nacional, en Barcelona! Porque desde su meteórica aparición en el Palacio de la Música, hace diez años, no había vuelto a desplazarse a nuestra ciudad. Y creemos que una orquesta que lleva el título de "nacional", debería actuar con más frecuencia en toda la nación y, sobre todo, en lugares de probado amor al divino arte. Agradecemos al Patronato "Pro Música", de Barcelona, esta nueva muestra de su preocupación por ofrecer a nuestra ciudad acontecimientos dignos de su gloriosa tradición filarmónica.

La Orquesta Nacional está atravesando, ahora, por una crisis en cuanto a la dirección, pues no se ha encontrado todavía a un conductor que reúna las condiciones de Bartolomé Pérez Casas —que se puso a su frente a poco de fundarse la orquesta, después de nuestra Guerra de Liberación—, ni de su inolvidable seguidor Ataúlfo Argenta, troncada por la tragedia su triunfal carrera. Por ello, la Orquesta ha decidido llevar este año a Madrid a directores invitados, algunos de fama universal, como Carl Schuricht y Sergiu Celibidache, para no citar más que a los últimos.

Nadie puede negar que Sergiu Celibidache es un director extraordinario, genial. Y no lo decimos por su manifestación exterior, por la espectacularidad de sus gestos y sus contorsiones corporales, sino por el evidente logro del rendimiento feliz de la Orquesta, a la que infunde el fuego emocional que lleva dentro. Además, eso de

las gesticulaciones exageradas no es nada nuevo. Beethoven las prodigaba al dirigir sus obras. Según las crónicas de su tiempo, para obtener un "piano", se inclinaba tanto que llegaba hasta arrodillarse y esconderse debajo del atril. Liszt era también muy exagerado en movimiento, y Bulow no sólo lo era en la dirección en sí, sino en el aspecto ceremonial, pues se ponía guantes negro para dirigir la "Marcha Fúnebre", de la "Tercera", de Beethoven. Y en tiempos más modernos, Mengelberg motivó que lo llamaran el "bufón musical"...

El auténtico virtuosismo conductor de Celibidache, radica en la precisión y claridad de la imagen mediante el perfecto conocimiento interno de la partitura que dirige. Es un "memorión", que dejó estupefactos a los catedráticos de la Universidad de Berlín en los exámenes de Matemáticas y de Filosofía, y en la Escuela Superior de Música, por la rapidez con que leía las partituras. De ahí su rápido ascenso al primer atril de la Orquesta Filarmónica de Berlín, en 1945.

En la espléndida labor de la Orquesta Nacional y en el ferviente entusiasmo del auditorio, plasmaron esas excepcionales dotes directrices de Sergiu Celibidache, a través de un programa de evidente calidad estética y emocional, aunque sobradamente conocido. Tras las iniciales "Danzas eslavas", de Dvorak, a modo de aperitivo de "brasserie" —y que Celibidache dirigió casi bailando—, la primorosa "suite" raveliana "Ma mère

l'oise", cuyos finisimos matices de exotismo, realizados mediante la estilización de timbres, llegaron a lo sublime en los logrados y casi inverosímiles "pianísimos" de la cuerda y en la diaphanidad exquisita de la flauta y el clarinete, y hasta de la trompa con sordina, sin olvidar los broncos acentos del contrafagot (en "La bella y la bestia"), ni los sugestivos efectos de los platillos, el xilofón, la celesta y el carillón... Todo ello traducido con la escurpulosidad en la gradación sonora reclamada por el exigente director, que no olvida

el menor detalle (y esto lo observamos principalmente en los ensayos). Podrá criticarse que no lleva los tiempos como habitualmente los conocemos, que extrema la lentitud en los "adagios" para impresionar después con el aceleramiento y los "crescendo"... Pero es que él no es un creador, sino un intérprete y éste no puede hacer abstracción absoluta de su personalidad en favor del autor. Ha de manifestar, como siente, lo que interpreta, con tal, naturalmente, de no "deformar" la obra.

Tales características se apreciaron, aún en mayor grado, en la "Primera Sinfonía", de Brahms, que fué vertida de un modo pasional intensamente emotivo, y con amplia elegancia expresiva y rítmica en el variado y rico juego entre la cuerda, la madera y el metal, culminando en la grandiosidad sonora con que termina el "Allegro non troppo ma con brio", y la obra.

¡Qué magnífica orquesta es la "Nacional"! Hay pulcritud técnica,

cuidado meticuloso en el matiz y en el resaltamiento de las más finas coloraciones, y una cohesión y equilibrio de conjunto que, con un director como Sergiu Celibidache, resulta algo excep-

cional, asombroso.

El auditorio, enardecido de entusiasmo, no cesaba en sus clamorosos aplausos y vibrantes "bravos", a los que el maestro rumano se resistía a corresponder, solo, mezclándose entre los profesores, como queriendo significar que el triunfo era de todos.

Con ¡bravos!, vítores y aclamaciones que se prolongaron varios minutos, un enardecido público despidió, el sábado, a la Orquesta Nacional, que, en el segundo y último de los conciertos organizados por el Patronato Pro-Música de Barcelona, confirmó ser una corporación artística de la que verdaderamente podemos sentirnos orgullosos los españoles, y su director eventual, el maestro Sergiu Celibidache, refrendó asimismo la excelente impresión dejada la noche antes.

Comenzó el concierto con las «Ocho saudades do Brasil», de Darius Milhaud. Como es sabido, este compositor francés se caracteriza por la preocupación de desviar de las formas corrientes, disfrazándolas con un politonalismo agresivo e instrumentaciones igualmente ácidas, su temperamento clásico y aun académico, que le inclina a emplear un lenguaje firme y claro. Las alternativas de procedimientos son bien notables en los «Saudades».

Se interpretaron a continuación, alterándose, con indudable acierto, el orden del programa, las «Metaformosis sinfónicas de un tema de Weber», de Paul Hindemith, quien, liberado de las tesis ultracromáticas centroeuropeas y vuelta la vista a los modernismos de los «seis» franceses, se ajusta en dicha obra más a la lógica y a la sen-

sibilidad que en otras de sus producciones.

El «Preludio» y la «muerte de Isolda» del «Tristán» wagneriano, páginas que constituyen una exposición de sentimientos y emociones, cerraron la primera parte del programa, llenando la siguiente la «Séptima sinfonía», de Beethoven, en toda la cual campea el ritmo y consigue el más señalado triunfo. En cada tiempo se observa el desarrollo constante de un movimiento rítmico fundamental, de la manera usada frecuentemente más tarde por Schubert y Schumann. Lo que en tal sentido se anuncia en el tiempo inicial de la «Quinta» surge como norma en los cuatro movimientos de la «Séptima», en la que hasta el «allegretto», que sustituye al «andante» de ritual, se ajusta en buena parte al ritmo espondeo, de antigua y clásica memoria.

En todas las obras la Orquesta Nacional estuvo admirable de empaste, de modulaciones, de obediencia, de penetración con su director. Este, el maestro Celibidache, dio nuevas pruebas de su prodigiosa memoria, de sus altos dotes de mando, de su profundo sentido de la plástica sonora. Como intérprete, quizá su personalidad se hallara más en consonancia con las exigencias modernas que con las románticas. Evidentemente sirvió mejor a Milhaud e Hindemith que a Wagner y Beethoven, cuidados más en el aspecto formal que en el emotivo. Pero a todos los atendió con la deseada eficacia, con la seguridad que dan el dominio del arte, el absoluto conocimiento de las partituras y la certeza de que nunca ha de verse desamparado de sus colaboradores.

Del éxito alcanzado por el maestro Celibidache y la Orquesta Nacional ya dan fe las

primeras líneas de esta crónica. Ovociones ruidosísimas que eran merecido premio a una labor realmente extraordinaria y expresaban el unánime deseo de volver a tener un próximo contacto con la orquesta, y que exteriorizaban, a la vez, la gratitud sentida hacia el Patronato Pro-Música, por haber organizado tan sensacionales conciertos.

"Ce No fuero
Universal"
14 mars
1959

"La Vanguardia"
17 mars
1959

SERGIU CELIBIDACHE

EL DIRECTOR SENSACIONAL

COMO LO CALIFICA LA CRITICA MADRILEÑA, EN OCASION DE SUS TRIUNFALES ACTUACIONES DEL PALACIO DE LA MUSICA Y DEL MONUMENTAL CINEMA, SE PRESENTARA AL FRENTE DE LA

ORQUESTA NACIONAL

Pasado mañana, viernes, y sábado, 14. noche — Palacio de la Música
OBRAS DE DVORAK, RAVEL, BRAHMS, MILHAUD, WAGNER,
HINDEMITH y BEETHOVEN

PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA

"El Noticiero Universal"
11 mars 1959

Los conciertos de la Orquesta Nacional

La extraordinaria expectación que existe en nuestra ciudad ante los conciertos que el Patronato Pro Música de Barcelona anuncia para mañana, viernes, y sábado, noche, a cargo de la Orquesta Nacional.

bajo la dirección del maestro Sergiu Celibidache, se ha visto acrecentada aún por la resonancia que han tenido en el ámbito de nuestros medios musicales las triunfales actuaciones de este famoso director en los conciertos dados la semana pasada en el Palacio de la Música y del Monumental Cinema de Madrid, al frente de la misma Orquesta Nacional, a quien la crítica de la capital de España no se ha recatado de calificar de director sensacional.

Y si a ello se añade el interés de los programas, que están integrados por obras de Dvorak, Ravel, Brahms, Milhaud, Wagner, Hindemith y Beethoven, se comprenderá perfectamente lo justificado de la expectación que existe para asistir a estos dos conciertos de la Orquesta Nacional.

"La Vanguardia"
12 mars 1959

DOS GRANDES CONCIERTOS SINFONICOS por la

ORQUESTA NACIONAL

BAJO LA DIRECCION DEL SENSACIONAL MAESTRO

SERGIU CELIBIDACHE

EL CRITICO MUSICAL DE "ABC" DICE DE CELIBIDACHE, CON MOTIVO DE SUS RECIENTES TRIUNFALES ACTUACIONES EN MADRID:

"SERGIU CELIBIDACHE ES UN DIRECTOR SENSACIONAL, EXTRAORDINARIO HASTA EN LAS EXTRAVAGANCIAS. UN DIRECTOR "DIVO" ESTRELLA FULGURANTE, "VEDETTE" PERSONALISIMA. SI LIBERAMOS LA FRASE DE STRAWINSKY DE TODO CARACTER DESPECTIVO, PODRIA CALIFICARSE DE "GRAN TENOR DE LA BATUTA", PORQUE EN TORNO A EL, A SU VOLUNTAD CAPRICHOSA Y, A VECES —MUCHAS— GENIAL, DISCURRE TODO."

Mañana, 10'15 noche. Sábado, 11 y último concierto. Palacio de la Música
Localidades y entradas en taquilla de 11 a 13 y desde las 16

"El Noticiero Universal"
12 mars 1959

La Orquesta Nacional, en Barcelona

Ayer, en el rápido de Madrid, llegaron los profesores de la Orquesta Nacional, con el fin de efectuar los dos conciertos organizados por el Patronato Pro-Música de Barcelona, que han de tener efecto hoy y mañana sábado por la noche, en el Palacio de la Música.

La alta notoriedad alcanzada por la Orquesta Nacional, que la sitúa en un lugar preeminente entre las agrupaciones sinfónicas actuales, suscita el más vivo interés entre los aficionados a la música de nuestra ciudad para asistir a estas dos audiciones, que bajo la dirección de un maestro como Sergiu Celibidache, han

de constituir, sin duda alguna, dos manifestaciones artísticas de la más alta calidad.

El programa del concierto de esta noche está integrado por: «Tres danzas eslavas», de Dvorak; «Ma mère l'Oie» (cinco piezas infantiles), de Ravel, y «Primera sinfonía», de Brahms.

"La Vanguardia"
13 mars 1959

El Patronato Pro Música de Barcelona, organiza dos importantes conciertos

Actuación de la Orquesta Nacional de España, dirigida por Sergiu Celibidache

Para mañana, día 13, y el 14 de este mes, el Patronato Pro Música de Barcelona, siguiendo la realización de sus objetivos musicales, anuncia la celebración de dos importantes audiciones sinfónicas, que correrán a cargo de la Orquesta Sinfónica Nacional de España, dirigida en esta ocasión por el famoso director rumano Sergiu Celibidache.

Desde que fué creada en 1940, la Orquesta Sinfónica Nacional ha pasado a formar parte insustituible de la vida musical española, no sólo por lo que representa para el buen número de audiciones ofrecidas al público de Madrid, sino también, y esto quizá sea lo más importante, por lo que de entidad representativa de la música española actual posee. Su larga carrera de éxitos nos vendrá siempre dada por la inmensa tarea de formación que hacia ella prodigó el malogrado maestro Ataulfo Argenta, durante tantos años, su ejemplar conductor. En ella está para nosotros ese recuerdo que ahora, tras algunos años de ausencia en nuestra ciudad, va a tomar de nuevo realidad en los programas anunciados, sobre todo con la «Primera Sinfonía», de Brahms, y la «Séptima», de Beethoven.

Otro de los aspectos que merece nuestro más sincero elogio, está en el criterio amplio y ecléctico con que la confección de los programas se ha llevado a efecto. Sin descuidar la vigencia de la obra de los grandes maestros, la inclusión de páginas tan importantes como «Ma mière l'ole», de Ravel, «Metamorfosis sobre un tema Weber», de Paul Hindemith, y «Ocho saudades do Brasil», de Milhaud, implica ya la propia consecuencia histórica de nuestro presente para con la música de los compositores modernos. Con ello, se logra mantener abierto hacia nuevos horizontes esa base de capital importancia pedagógica en la difusión de la música de hoy, como son

los programas, más difíciles de formar de lo que comúnmente suele creerse.

En cuanto al maestro director de estos conciertos, Sergiu Celibidache, debemos señalar la importancia de sus actuaciones al frente de la Orquesta Filarmonica de Berlín, habiéndosele otorgado, entre otros, el «Gran Premio de la crítica alemana» (temporada 1953-54), por ser «el mejor director del año», y el «Premio del Arte alemán» (1954).

Finalmente, antes de cerrar este avance del acontecimiento a celebrar en el Palacio de la Música, nos cabe la satisfacción de estimar desde estas columnas, por lo que representa para el público que asiste a nuestra primera Sala de conciertos, la reducción de los precios de las localidades en relación con el de anteriores audiciones organizadas por el Patronato Pro Música. Aunque sería de inestimable interés fueran aún mayores, en lo sucesivo, las posibilidades de asistencia ofrecidas para todos los filarmónicos. Esperamos con la mejor y más sincera buena voluntad que los esfuerzos del Patronato, logren resolver este espinoso problema, aunque no se nos ocultan las dificultades económicas que tendrá que vencer.

Vayan, pues, nuestros mejores augurios de éxito para estas dos audiciones sinfónicas, en el doble sentido de los programas y de los intérpretes que han de llevarlos a buen término.

Ramón Bayod y Serrat

"Solidaridad Nacional"
12 mars
1959

INSTANTANEAS DE ACTUALIDAD



BARCELONA: Llegada al aeropuerto Montadas del célebre maestro Sergiu Celibidache, acompañado de su esposa, que hoy, en el Palacio de la Música, dirigirá el concierto organizado por el Patronato Pro Música de Barcelona

"Diario de Barcelona"
13 mars 1959

Dos extraordinarias audiciones sinfónicas por la

ORQUESTA NACIONAL

bajo la dirección del maestro

Sergiu Celibidache

«Gran Premio de la Crítica Alemana», curso 53/54, por conceptuarlo «El mejor director del año»
Obras de DVORAK, RAVEL, BRAHMS, MILHAUD, WAGNER, HINDEMITH y BEETHOVEN

Viernes, 13, y sábado, 14, noche. PALACIO DE LA MUSICA
PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA

"La Vanguardia"
10 mars 1959

EL CRITICO MUSICAL DE «A B C», ANTONIO FERNANDEZ-CID, BAJO EL EPIGRAFE «UN DIRECTOR SENSACIONAL» COMENTA, DE LA FORMA SIGUIENTE, LOS CONCIERTOS DE LA ORQUESTA NACIONAL, DE LA SEMANA PASADA, EN MADRID

«Sergio Celibidache es un director sensacional. Extraordinario hasta las extravagancias. Un director «divo», estrella fulgurante, «vedette» personalísima. Si liberamos la frase de Strawinsky de todo carácter despectivo, podría calificársele como «gran tenor de la batuta», porque en torno a él, a su voluntad caprichosa y, a veces —muchas— genial, discurre todo. Celibidache canta, grita, percute el ritmo, saluda cuando quiere y a veces va sin saludar, para que todo el homenaje desemboque en la orquesta; baila, desmenuza en gestos la partitura se desmenuza y es, en resumen, un espectáculo que puede causar la sorpresa y hasta la irritación del aficionado conservador. Pero sólo si «ve», y no «oye». Porque en música importa lo que «suenan» y cómo. Y los resultados son admirables.

Celibidache es un director colosal. Dejó esta impresión hace años y ahora se ratifica multiplicada. Es

tan grande su fuerza, que incluso cuando el acuerdo con el tiempo exigido no es absoluto —lentitud del «Vivace», vertiginosidad del «Presto» en la «VII Sinfonía»—, llegamos a compenetrarnos con la voluntad rectora y sentir su fluído. Es entonces cuando más se disfruta la expresión, la claridad, la brillantez y justeza. La música surge rica en contrastes y matices, acentos y relieves. Y si el «Allegretto» de Beethoven nos mantiene tensos, el «Allegro con brio» nos arrastra a la plenitud final.

Una batuta de tal rango, exigente y minuciosa, encontró en la Orquesta Nacional, en uno de sus grandes días, el instrumento dúctil, entregado y pleno de calidad que precisaba. Nuestros músicos estuvieron a la altura de las circunstancias.

El éxito puede considerarse de excepción. El informe objetivo registra un gran triunfo.»

SERGIU CELIBIDACHE

SE PRESENTARA AL FRENTE DE LA

ORQUESTA NACIONAL

En dos conciertos PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA

Días 13 y 14 marzo, noche - PALACIO de la MUSICA

*"La Vanguardia"
11 mars 1959*

LAS COSAS, COMO SON

Batufazos, con Celibidache

Por Sempronio

El Patronato Pro Música de Barcelona no descansa. Prodigia los acontecimientos con ritmo torrencial. Todavía, como quien dice, no nos hemos repuesto de aquel formidable «Mesías», que trae ya, para un par de audiciones, a la Orquesta Nacional con un director...

¡Vaya director! Párrafo aparte.

Las críticas que lo preceden lo llaman: «director», «divo», estrella fulgurante, «vedette» personalísima...

—¿Qué opina usted de semejante letanía? —le pregunto.

Sergiu Celibidache es un conversador extraordinario, un hombre seductor, un volcán de ideas. Físicamente, impresiona ya. Alto, moreno, con el pelo gris y rizado, vestido con elegante fantasía... Será por haberme dicho que dedica sus ocios al estudio de la filosofía budista, que le encuentro un cierto aire de místico hindú pasado por los salones de Europa.

Bueno, vamos a las críticas extraordinarias que destacan, por encima de todo, su originalidad.

—Me encontré director de orquesta sin proponérmelo —explica—. Mi originalidad, en todo caso, se deberá a que la tradición no me impresiona... Lo que llaman tradición suele consistir en la acumulación de varios siglos de errores. Toscanini no comprendía a Beethoven. Sin embargo, su poderosa personalidad, su dinamismo, han estereotipado y convertido en modelos sus versiones de Beethoven. Yo prescindiendo de la tradición y procuro interpretar las obras según mi entender, aspiro a destacar por un igual todas las notas, manteniéndome fiel a lo que creo fue el pensamiento del autor. Comprendo que este proceder choque a quienes están habituados al error perpetuo y consagrado.

Celibidache habla un castellano fluído, que aprendió en sus jiras por Sudamérica. No le duelen prendas ni es reacio a opi-

nar. Al contrario, goza explicándose, agradece los motivos de polémica.

Rechaza sistemas y teorías, solo cree en la Música. Las biografías dicen que en su juventud estudió altas matemáticas.

—¿Coinciden con la Música en algún punto?

—En absoluto. Son dos campos divergentes. A lo sumo, al músico pueden servirle como ejercicio de disciplina.

—Sin embargo, ciertos compositores modernos...

—¡Bah! Hay un empacho de especulación. Se sublevan contra unas convenciones inventando en el acto nuevas convenciones... Da lo mismo empezar una serie por una nota que por la nota siguiente. Son juegos, problemas, que no tienen nada que ver con la Música. Quien es artista y tiene algo que decir —Hindemith, Stravinsky, Dallapiccola, etc.—, lo dice a despecho de sus teorías. En cambio, cíteme usted una sola obra de Schönberg que haya quedado en el repertorio.

Cuenta la intencionada anécdota del crítico alemán más furiosamente atonalista (no recuerdo su nombre) que llegó a un estudio de radio donde debía darse una obra de Schönberg. «¡Magnífico!, ¡formidable!», decía el hombre, pasmado oyendo la música. Luego, resultó que el concierto tenía aún que empezar y que los sonos sublimes que entusiasmaban al crítico no eran sino los sonidos que los músicos hacen para afinar los instrumentos...

—La Música es la cantidad de fluído musical que deja pasar la presión vertical —afirma Celibidache—. Atonalistas y dodecafonistas obstaculizan la libre afluencia musical...

El maestro rumano únicamente cree en la fenomenología. En la gramática y en la sintaxis musicales, que son valores cósmicos. Estas cosas sí que le interesan y mucho. Tiene un libro escrito acerca de ello.

También la leyenda asegura que Celibidache es un acérrimo enemigo de la ópera.

—En esto no le han engañado —me responde—. Creo que la palabra y la música son cosas del todo opuestas, que no hay modo humano de hacerlas casar. El «tempo» de la palabra es uno y el de la música es otro. La ópera es algo de otra época algo ridículo...

—Muy distinto de lo que sostenía Wagner.

—¡Bah! Wagner es un engaño. Sus concepciones literarias y filosóficas invitan a la risa. En cambio, fue un gran músico, un hombre de pasión. El preludio de «Tristán» es insuperable.

Imposible seguir a Celibidache, que canta, golpea con los nudillos la madera llevando el ritmo para ilustrar sus explicaciones...

También dijo Wagner que Beethoven, al final de la Novena Sinfonía, tuvo que recurrir a los solistas vocales y al coro porque llegado cierto grado de sublimidad, los instrumentos son impotentes... ¡Qué tontería! Usted estará de acuerdo conmigo en que el final de la Novena Sinfonía es lo peor de Beethoven, una especie de ensalada...

Me ha gustado Celibidache. Contra esto y aquello, podría decir, parodiando a Unamuno.

*"Diario de
Barcelona"
13 mars
1959*

MANO A MANO

SERGIU CELIBIDACHE



El Patronato Pro-Música de Barcelona trae a la Orquesta Nacional, bajo la batuta del director Sergiu Celibidache. Este recibió el «Gran Premio de la Crítica Alemana», durante la temporada 1953-1954 por ser el mejor director del año. Nació en Roman, Rumania. Empezó su educación musical a la edad de seis años. Se le conoce por «el director sensacional». Tiene aire de triunfador. Su primera definición es esta:

—La música es la cantidad de fluido melódico que la presión vertical deja pasar.

—Mas claro, maestro.

—Si nosotros dos cantamos juntos, no las mismas notas, yo una melodía y usted otra, sus notas pueden pegarse a las mías. Eso crea la presión vertical, el choque entre las notas. O sea: si hay mucha presión vertical, no deja pasar el fluido melódico. ¿Lo comprende?

—No mucho.

—El lenguaje musical se complica; los choques armónicos se volvieron más complicados, por eso el dinamismo de las líneas modernas creció también y ganó en fuerza de penetración y así se crearon nuevas formas de melodías, de armonías y de equilibrio de las formas musicales. ¿Comprendido?

—Casi. Pero a ver si le entiendo de una vez. He oído, con espanto, que usted se declara enemigo de la ópera y acepta el jazz. ¿Es cierto?

—Cierto. El primer caso, por la incompatibilidad entre las exigencias de las leyes del discurso intelectual con las exigencias del discurso musical. Dos disciplinas distintas y sin ninguna posibilidad de vecindad. En la música popular el desarrollo musical es limitado, como el desarrollo del texto, y en esta limitación está el único punto común. Cuando la música se emancipa, como en el flamenco, saliendo al cielo las florituras, ya no hay texto. Esos son los puntos culminantes dentro de esta constancia sencilla del canto popular.

—Le voy entendiendo. ¿Para usted es un anacronismo poner música a «de quiero»?

—Lo que se puede meter en la música

de «de quiero» es el sentimiento general y podría ser también «no te quiero», lo que para la señorita es muy distinto y, en ciertos casos, lo contrario.

—Conclusión: ¿La música ha de expresar todo, sin ayuda de la palabra?

—Cierto, por eso es un arte independiente. Usted sabe que se meten palabras en música, ¿por qué no se mete música en palabras? ¿Por qué no hemos encontrado un buen texto para la «Séptima», de Beethoven? ¿Y qué probabilidades tienen los jóvenes de los siglos que vienen de meter música a toda la ternura de «Platero y yo»? Y habrá jóvenes que lo intenten. A Don Quijote le pusieron música, pero con los resultados conocidos.

—¿Por qué defiende usted el jazz?

—Porque el jazz de la improvisación, el único que yo admiro, es la única forma de música viva, música que nace en el momento. El improvisador de jazz vive o muere de hambre, por la cualidad de su fantasía, que está combinando frases que no han escrito antes. Es la esencia de la improvisación. Nosotros leemos lo que la fantasía de los otros han materializado y fijado; el arte de la improvisación es viejo, como la raza humana. Toda la música de Mozart y, sobre todo, la de Bach tenían momentos donde todos se paraban, para dejar solo al músico frente a su fantasía, y, sobre la nota parada, el verdadero artista improvisaba una línea melódica. Todas las florituras eran una prueba de fantasía y de espíritu de asimilación de los elementos ponderables e imponderables del artista en el momento de la ejecución. Con el tiempo, el arte de libre interpretación desapareció, porque todas las florituras fueron fijadas en libros de especialidad. En los conciertos instrumentales, las cadencias se improvisaban; hoy día son todas hechas, comprobadas, aplaudidas e impresas.

—Así ¿usted es un robot esclavo de la partitura cuando dirige?

—En el sentido gramatical, sí; en el sentido artístico, no.

—Tengo entendido que usted fue un niño prodigio.

—No; el primer concierto público de piano lo di a los catorce años; y la primera vez que dirigí fue en 1945, a los treinta y dos años. Pero fui toda mi vida el primero de la clase.

—¿Le avergüenza?

—No, pero odio a los primeros de la clase. Ahora bien, estoy muy orgulloso de haber obtenido el «Magna cum laude».

—Me dicen que usted se dedica a la filosofía, a la medicina y ha sido un buen jugador de fútbol. ¿Es verdad?

—Ninguna de estas actividades son incompatibles con la música. ¿Le sorprende que me haya dedicado a todo esto?

—En usted, no.

DEL ARCO

"La Vanguardia"
13 mars 1959

PALACIO DE LA MUSICA

Triunfal actuación del maestro Sergiu Celibidache y de la Orquesta Nacional en el festival sinfónico organizado por el Patronato Pro-Música

La segunda audición sinfónica ofrecida por el maestro Sergiu Celibidache y la Orquesta Nacional el pasado sábado en el Palacio de la Música constituyó otra manifestación musical de excepcional calidad artística. El programa seleccionado para esta velada sinfónica estuvo constituido por la suite «Saudades do Brazil», de Milhaud; «Metamorfosis sinfónicas sobre un tema de Weber», de Hindemith; «Preludio y muerte de Isolda», de Wagner, y «Séptima Sinfonía», de Beethoven.

En la interpretación del citado índice sinfónico —por demás insuperable— el maestro Celibidache puso a máxima contribución sus eminentes aptitudes oratorias, y la institución orquestal —en su actuación conjunta— presentó perfectísimo equilibrio sonoro, declarando sus respectivas fisonomías coloristas las diversas familias instrumentales. Verdaderamente alcanzaron altas cimas de perfección interpretativa la heráldica actuación del maestro Celibidache y la del conjunto orquestal hispano.

Admira del maestro Celibidache su vigoroso cuanto sensitivo temperamento artístico así como su diáfana comprensión de los planteamientos discursivos de las obras que interpreta desde su sitio de honor.

Los contrastes expresivos de las obras en programa quedaron en la mayor evidencia por sus oportunas indicaciones traductivas fijadas a las excelentes huestes instrumentales.

Aquella desbordante explosión de ritmos y melodismos que atesora la suite de Milhaud y el peculiar glosario temático de Hindemith lucieron sus líricas expansiones; la maravillosa audición del dramático epílogo de «Tristán e Isolda» semejó viva realidad —¡elocuente intérprete musical es el maestro Celibidache!—; la Séptima Sinfonía beethoviana pregonó sus suntuosas peroraciones —¡qué matizados fra-

seos presentó la dicción del inspiradísimo «Allegretto»; cómo deambularon ágiles los alados malabarismos del «Scherzo»!— ¡Así es la auténtica modalidad de la interpretación musical; apoyándose en procedimientos técnicos de la mejor escuela se pregonó el «virtuosismo» instrumental!

Ante la insuperable actuación artística realizada por el maestro Sergiu Celibidache y sus sobresalientes colaboradores, el distinguido concurso de filarmónicos prorrumpió en ardorosas aclamaciones admirativas. Los «bravos» y entusiasmas salvas de aplausos sonaron sin cesar, debiendo de hacer acto de presencia innúmeras veces en el hemicycleo el insigne maestro para atender, en unión de todos los intérpretes, el merecido homenaje recibido.

Con aires de triunfo transcurrió esta excepcional velada sinfónica organizada por el prestigioso Patronato Pro-Música de Barcelona.

*"Diario de
Barcelona"
17 mars
1959*

PALACIO DE LA MUSICA. HOY, 10.15 noche
CONCIERTO DE DESPEDIDA DE LA

ORQUESTA NACIONAL

DESPUES DE LA TRIUNFAL ACTUACION DE
AYER, BAJO LA DIRECCION DEL SENSACIONAL MAESTRO

SERGIU CELIBIDACHE

Programa: «8 saudades do Brazil», Milhaud; «Tristán e Isolda», Wagner; «Metamorfosis sinfónicas sobre un tema de Weber», Hindemith, y VII Sinfonía, Beethoven

PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA

*"El No tucero
Universal"
14 mars 1959*

PATRONATO PRO MUSICA DE BARCELONA

Dos nuevos éxitos de la Orquesta Sinfónica Nacional

EL GRAN DIRECTOR SERGIU CELIBIDACHE, ARTIFICE DE UNA MAGNIFICA VERSION DE LA «SEPTIMA», DE BEETHOVEN

La Orquesta Sinfónica Nacional de España, acaba de cosechar en Barcelona dos de sus más resonantes éxitos. El Patronato Pro Música de la Ciudad Condal, siguiendo la importante serie de conciertos emprendidos a principio de temporada, ha traído a Barcelona esta excelente orquesta, tras largo espacio de tiempo ausente del Palacio de la Música, nuestra primera sala de audiciones.

Con esta agrupación instrumental de primerísimo orden —en cuya reaparición sentimos en nosotros el vivo recuerdo del maestro Argenta—, hemos asistido a la presentación del director rumano Sergiu Celibidache, cuya personalidad no sólo en el campo intelectual, sino en el más concreto de la música, destaca por el poderoso predominio de un concepto elevado y trascendente de sentir y comprender el Arte.

El viernes, despertó una viva curiosidad su actuación en el ánimo de todos los melómanos que acudieron a esta magna embajada artística que nos llegó desde la capital de nuestra Patria. En programa, figuraban los nombres de Dvořák, Ravel y Brahms, todos ellos interpretados en sus más reveladoras obras. Las «Tres danzas eslavas», reflejo fiel y jamás olvidado del folklore bohemio, nos revelaron ya la pauta y el camino que este director ha recorrido antes de iniciar su carrera de director. Una penetración del todo consecuente con la permanencia histórica de las vicisitudes estéticas del arte musical, dieron a su dirección ese sello inconfundible de las grandes realizaciones.

Pero si en esa humildad conmovedora de un gran artista ante una de las manifestaciones más genuinas del espíritu popular eslavo, brilló a gran altura el valor otorgado al mismo por Celibidache, en la inmortal página impresionista de Ravel, «Ma mère l'oise» destacó ese matiz de honda sugerencia intelectual, siempre atenta a la riqueza del timbre instrumental, como consecuencia directa de aquella tendencia abierta a la música por el genio de Debussy. Precisa, asombrosamente exacta, fué esta obra en el cerebro de Celibidache y que supo objetivar plásticamente en el gesto admirable de su batuta,

En la «Primera Sinfonía», de Brahms, hubo momentos en que ya la escritura trascendió los propios límites de la forma heredera de la sonata. El segundo tiempo, sobre todo, fué para nosotros la pura realización de un espíritu metafísico no siempre bien entendido por otros directores, demasiado habituados en ver tan sólo el imperio de las leyes tonales concretas en la escritura. Celibidache, convirtió esta gran página en música misma, ya que para ello no sólo contaba con la voluntad de su arte sino con el indiscutible valor de esta magnífica orquesta, cuyos componentes merecen algo más que

el simple elogio. Porque todos ellos, sintiendo el momento en que el Arte trasciende las reglas académicas, supieron entablar ese difícil diálogo entre ejecutante y director. Allí estaba la huella indudable del indiscutible continuador de Beethoven, haciéndose eco de aquella aguda observación filosófica de Nietzsche, cuando proclamó al arte como «la tarea más alta y la actividad esencialmente metafísica de la vida».

Y así fué el triunfo de director e intérpretes, soberbio, definitivo, incontestable, con significado de ejemplar lección. Por eso, en el concierto del sábado, revelador de un criterio inteligente y ecléctico para con los valores de la música moderna, se repitió ese triunfo, pero quizá con mayor fundamento aceptado por quienes tuvimos la suerte de poder asistir a su realización sonora. Las «8 Saudades do Brasil», de Milhaud, síntesis en extremo bien meditada de motivos folklóricos brasileños y un principio ordenador que tiende hacia una concepción atonal moderada de la línea melódica. El vigoroso nervio expresivo de Celibidache, hizo patente en sus nueve tiempos, concebidos en forma de suite. En ellos, el ritmo constituyó el fundamento mismo de una ejecución pensada para resaltar el colorido diverso de los distintos instrumentos.

La «Metamorfosis sinfónica» sobre un tema de Weber, de Paul Hindemith, significó también nuevo motivo de superación, precisamente porque Celibidache captó ese respeto debido a la permanencia

del elemento clásico en la obra del maestro alemán. No se nos escapó el rasgo de inteligencia siempre orientada a la misma intención del compositor, y que Hindemith expresa con su lenguaje nuevo, por tantas razones afín al rumbo que Strawinsky imprimió a la música europea desde la aparición de sus primeras obras.

Pero la auténtica revelación de Celibidache como director sin disputa consciente de su labor, debemos cifrarla en la versión que nos ofreció de la «Séptima Sinfonía», de Beethoven. Esta obra, por muchos motivos tan distinta de las otras sinfonías del compositor de Bonn, entraña un mensaje nuevo y sin precedentes para la historia musical del mundo. Extraña a todo humanismo, ajena al más elemental sentido del romanticismo, implica la conquista de un universo en el que la abstracción sonora hácese dueña del arte músico. Celibidache supo moverla por el cauce ignorado de una voluntad sentida a modo de mensaje. Sobre todo el «Allegretto», significó la pura realización de una idea amplia, segura, del todo comprendida con arreglo al sentido metafísico que la preside.

El arte plástico de este director, logra una pasmosa efectividad. Porque, al margen de toda imputación de teatralismo, consigue la íntima compenetración de maestro y orquesta. Y esto, por discutibles que puedan resultar para el espectador sus gestos, cumple con los dictados más exigentes de la dirección de orquesta. No vimos en él un sólo movimiento inútil, ni concesiones conscientes hacia la galería. De ahí la autenticidad de su batuta, de su mímica, a través de las cuales nos ofreció una muestra de lo que puede llegar a descubrir una voluntad como la suya, que sabe convertir los trazos de la notación en espíritu viviente y sin rastro alguno de contenido académico.

Con todo, ha despertado Celibidache ciertas controversias, algunos porqués. Al margen de nuestro juicio, lo que importa es que su paso por el Palacio de la Música de Barcelona, constituyó una verdadera efemérides. Así lo manifestó el público, que tributó sinceros aplausos a este gran director y a la Orquesta Sinfónica Nacional, sin la cual vano sería hablar de rotundo éxito.

Ramón Bayod y Serrat

"Solidaridad Nacional"
17 mars 1959

DOS GRANDES CONCIERTOS SINFONICOS POR LA
ORQUESTA NACIONAL
 BAJO LA DIRECCION DEL SENSACIONAL MAESTRO
SERGIU CELIBIDACHE

El crítico musical de «A B C» dice de CELIBIDACHE, con motivo de sus recientes triunfales actuaciones en Madrid:

«Sergiu Celibidache es un director sensacional. Extraordinario hasta en las extravagancias. Un director «divo», estrella fulgurante, «vedette» personalísima. Si liberamos la frase de «Strawinsky de todo carácter» respectivo, podría calificársele de «gran tenor de la batuta», porque en torno a él, a su voluntad caprichosa y, a veces —muchas— genial, discurre todo».

HOY, 10.15 noche. Mañana, segundo y último concierto. PALACIO DE LA MUSICA. — LOCALIDADES Y ENTRADAS, EN TAQUILLA, de 11 a 13 y desde las 16

LA ORQUESTA NACIONAL EN BARCELONA

Ayer, llegaron los profesores de la Orquesta Nacional, con el fin de efectuar los dos conciertos organizados por el Patronato Pro-Música de Barcelona, que han de tener efecto hoy y mañana por la noche en el Palacio de la Música.

La alta notoriedad alcanzada por la Orquesta Nacional, que la sitúa en un lugar preeminente entre las agrupaciones sinfónicas actuales, constituye un aliciente del más vivo interés para asistir a esas dos audiciones que bajo la dirección del Maestro Sergiu Celibidache, han de constituir sin duda dos manifestaciones artísticas de alta calidad.

El programa del concierto de esta noche, está integrado por «Tres danzas eslavas» de Dvorak, «Mère l'oise» (cinco piezas infantiles) de Ravel, y «I Sinfonia» de Brahms.

*"Drano de
 Barcelona"
 13 mars
 1959*